

PANORAMA DE LA NUEVA POESÍA COLOMBIANA

I

Como muchas selecciones de poesía, esta de Fernando Arbeláez (1) comienza por una frase negativa: “Al presentar este panorama de la nueva poesía de Colombia, la intención no es en verdad la de hacer una antología. Como está indicado en el título general, es la de realizar un enfoque de las tendencias vivas en nuestro trabajo poético”.

El negarle al libro el carácter de “antología” parece querer indicar que el criterio de selección no es principalmente el de la calidad estética de los poemas. Creo que este es el sentido de la frase. Entonces, ¿cuál es el criterio selectivo? ¿En qué consiste la diferencia entre una “antología” y un “panorama”? La primera tendría en cuenta en primer término la calidad y el segundo la “vitalidad” de los poemas, al parecer. ¿Y qué significa “tendencias vivas”? En seguida añade Arbeláez: “Muy probablemente, algunas de las corrientes que aquí se indican resulten fallidas a la postre; pero es posible que casi todas ellas, mantengan la vitalidad de lo auténtico (...)”. Nuevo interrogante: ¿De qué manera una corriente puede mantener “la vitalidad de lo auténtico” y al mismo tiempo resultar fallida? En medio de la ambigüedad de estas frases, “vida” y “autenticidad” parecen ser términos equivalentes, pero no incluyen necesariamente la calidad —o aquello que sea preciso para que una selección sea

(1) *Panorama de la nueva poesía colombiana*. Bogotá, Eds. del Ministerio de Educación, 1964.



“antología” y no “panorama”—, ni implican el que una corriente poética resulte o no fallida. Ahora bien, en mi opinión —que creo compartirán muchos lectores—, ciertas obras aquí incluídas no merecen siquiera el trabajo de pasar, digamos, de la tercera línea. Resulta acertado suponer que, en efecto, se ha dejado un tanto de lado al escoger los poemas el rigor estético de que suelen hacer gala las “antologías”, para acoger otros criterios —si bien tan poco definidos como los mencionados de “vida” y “autenticidad”—.

Sin embargo, más adelante encontramos unas palabras que aclaran hasta cierto punto el problema: “lo que simplemente me interesa mostrar es que la literatura evoluciona, cambia, se hace histórica, entendiendo por esto, que posee un dinamismo de avance, y que dentro de este movimiento lo importante no está solo en la variación de algunas disciplinas expresivas (...), sino en los diferentes campos de significado que nos propone su variación”.

Yo creo que es aconsejable desconfiar del mero criterio de la calidad estética y que el fundamental carácter histórico de la literatura debe ser tenido en cuenta de manera principalísima en todo trabajo de selección. Pero es indispensable no olvidar el equilibrio entre estos dos factores. He ahí uno de los más graves peligros de la crítica literaria. Creo que este *Panorama* adolece de ese defecto; se deja un tanto de lado el primero ante el segundo. Yo no estoy seguro si Arbeláez, voluntariamente y tal vez por reacción contra las antologías esteticistas, quiso dar incomparablemente más importancia al hecho de que un poema esté acorde con su momento histórico que a su valor puramente “literario”, pero al ver aquí incluídos ciertos “poemas”, me inclino a creerlo así.

Resulta ingrato y tal vez inoficioso entrar en la contabilidad de los poetas y de los poemas. Personalmente, como decía, creo que el número de los poetas colombianos de verdad, hoy, es bastante menor que el incluído por Arbeláez en su panorama. Sin embargo, no se puede negar que en esta obra figuran muchos de los mejores poemas de la poesía colombiana actual. No, si su defecto es el exceso.

II

¿Y cuál es, según Fernando Arbeláez, la “nueva poesía colombiana”? Cronológicamente, la que se inicia con algunas obras de los poetas del grupo de “Los Nuevos” (De Greiff, Maya, Pardo García, etc.) y especialmente con el libro de Luis Vidales *Suenan Timbres* (1926), y se completa con las más recientes producciones del grupo nadaísta y de otros poetas aislados.

Las características de los diferentes grupos y movimientos están presentadas por Arbeláez en un esbozo que, desafortunadamente, es resiente de apresuramiento y vaguedad. Echamos de menos el rigor crítico en este intento de estudio histórico que no deja de tener aciertos, sin embargo.

El cambio que, según el autor, inicia la nueva poesía, se manifiesta principalmente en que “los poetas se atreven a contrariar el gusto general, y se establecen dentro de corrientes universales de muy poderosa resonancia; las transformaciones que aparecen en los movimientos líricos de algunos países europeos son rápidamente captadas, y asimiladas a una expresión peculiar y a una diferente manera de revelar las personales experiencias”. Es notorio que la vaga abstracción de estas palabras podría convenir casi a cualquier cambio en la poesía colombiana desde el siglo XIX.

Esta falta de rigor también se hace patente, por ejemplo, al caracterizar la poesía del grupo a que pertenece el propio Arbeláez, a los cuales (grupo y poeta) se concede la mayor atención, no sin una buena dosis de autoelogio. “Diré, en primer lugar, que en ellos (los poetas del grupo) aparecen lo que pudiéramos llamar ciertos valores existenciales de la poesía colombiana”. Una larga explicación va despojando la palabra “existencial” de sus diferentes significados hasta reducirla al más elemental: “He utilizado la palabra por la relación inmediata que tiene con el existir y con su experiencia”. Y añade: “Aun cuando es cierto, que paralelamente he pensado también, en la evolución de algunas ideas de nuestro tiempo, de algunos movimientos sociales y políticos, mundiales y nacionales, pues de faltar este punto de vista, cualquier apreciación crítica o histórica, quedaría completamente desprovista de profundidad o de valor”. El hecho de haber “pensado” en ello, sin exponer este pensamiento, así fuera de manera rápida, nos deja en la confusión, en la vaguedad y la imprecisión.

Al resumir las características concretas de la poesía de este grupo de poetas, dice Arbeláez: “(...) en este panorama tendrán una mayor amplitud los poetas más recientes, porque su trabajo es menos familiar a nuestro público, pero principalmente porque en ellos la imagen mitificante del mundo contemporáneo, está unida a una profunda necesidad de conectar todo lo propio con problemas universales; porque en su obra prevalece lo real sobre lo imaginario; porque su frecuente tono irónico, o su búsqueda del lenguaje coloquial, recubre un proceso fenomenológico en el tratamiento y en el desarrollo de grandes categorías, y de ciertos despliegues analíticos del

